

INTRODUCCION

Preparar un manual es, posiblemente, la labor más difícil que ha de emprender quien por obligación se ve forzado a escribir. Si se compara la redacción de un tema monográfico con la del manual, la dificultad se decanta siempre hacia el lado de éste. En el tema monográfico, el autor dirige y corta la redacción por donde le place. Es él, en último término, quien expone una determinada manera de pensar sobre un tema muy particular. En la redacción del manual no ocurre así. Quien lo escribe está pendiente del lector, del alumno, que se supone ha de aprender una materia nueva mediante el estudio del libro de texto, que es el manual. De ahí se deduce la obligación para el autor de tener que tratar todos los temas, pues debe enseñárselos al alumno que todavía los desconoce; y de tratarlos no sólo con precisión lógica, sino también presentando su desarrollo histórico, lo cual le obliga a reconstruir los inicios de cada uno de ellos, ilustrarlos con su desarrollo histórico, y mostrar por fin su planteamiento contemporáneo. Porque una cuestión teológica, y mucho más si trata de los sacramentos, no es posible tomarla en consideración si se prescinde de su desarrollo histórico. Recuerdo un buen consejo que me dio hace ya muchos años el gran profesor de Liturgia de la Universidad de Munich Joseph Pascher. Una tarde, en la que como en tantas otras aprendía de su mucho saber, me dijo: «Si Ud. tiene que dedicarse al estudio de los sacramentos, no podrá hacer nada sin el recurso a la historia». Pascher tenía razón, porque el saber sobre los sacramentos, a no ser que se quieran montar peligrosas teorías apriorísticas sin fundamento, se adquiere mediante el conocimiento del proceder que ha seguido la Iglesia desde la comprensión inicial de cada uno de los sacramentos, pasando por las diversas formas de vivirlos en las distintas etapas de la historia, hasta llegar al presente.

Este ha sido el procedimiento que hemos procurado seguir en nuestro manual. Si lo hemos conseguido, ya no es cometido nuestro decirlo. Hemos intentado tratar la densa temática que ofrece la consideración de los sacramentos desde las cuestiones bíblicas hasta nuestros días. En este amplio recorrido hemos prestado especial atención a la escolástica y al siglo XVI. Son dos momentos claves en la historia de los sacramentos. Hemos estudiado con cierto detenimiento la escolástica porque en ella se definió qué es el sacramento y a sus autores se debe la elaboración del tratado sobre los sacra-

mentos en general. Y hemos prestado alguna atención al siglo XVI, porque en sus días sufrió la doctrina sacramental a manos de la reforma protestante el más duro revés que haya sufrido nunca. La negación de la causalidad y del carácter sacramental, dos postulados básicos en la sacramentología de los reformadores, constituyeron en su conjunto un atentado a la misma naturaleza del sacramento. Y a tal atentado dio respuesta la Iglesia en Trento, sentando las bases para una enseñanza sólida a partir de la fe.

La época contemporánea constituye lo que se podría llamar sin hipérbole un siglo de oro para la teología sacramental. Nombres como los de Scheeben, Odo Casel, Romano Guardini y Karl Rahner son capaces de llenar una página gloriosa en la historia de la teología sacramental. Sin embargo, como ocurre siempre con las grandes ideas, las sombras acompañan a las luces. Y también ha sido así en la teología sacramental contemporánea. Como la obligación de quien comenta y sistematiza las ideas es distinguir aquello que es luz de lo que es sombra, hemos intentado distinguirlo en las formulaciones de los teólogos contemporáneos. Con todos ellos hemos dialogado, manteniendo una confrontación de pareceres, y en algún caso nos hemos atrevido, no a levantar nuestra voz frente a la suya, sino a pronunciar una simple advertencia a sus planteamientos. Es la obligación a la que no debe renunciar el que dialoga, y hemos intentado cumplirla.

Una justificación sobre la misma estructura del libro. Quizá llame la atención de alguien que la primera parte, a la que hemos llamado histórica, la hayamos comenzado con el capítulo que expone la problemática más viva de nuestros días, y no hayamos ido bajando desde lo más remoto —Biblia y Santos Padres— a lo más cercano. Lo hemos hecho así porque pensamos que, quien estudia un tratado, ha de acometer el trabajo a partir de su propia instalación en el mundo cultural. Quien lea atentamente este primer capítulo se percatará de las dificultades y las posibilidades que tiene hoy el tratado sobre los sacramentos en general. Y después de haberse dado cuenta de los pros y los contras que lo acompañan, estará capacitado para emprender el estudio de una manera consciente y personal. Desde la situación del presente ha de asomarse al ayer el alumno, para captar la problemática que desde allí fluye viva. Instalado en el hoy es válido estudiar el pasado. Y el ayer de la teología sacramental es tremendamente rico y enriquecedor para quien se acerca a él vivencialmente.

El estudio de los sacramentos obliga a tomar en consideración el valor de los símbolos, pues el sacramento es, según la definición más clásica, el signo visible de la gracia invisible. Signo visible, con toda la problemática filosófica que ello implica. Un aforismo clásico

sostiene que nadie es teólogo si primeramente no ha sido filósofo: *nemo theologus nisi philosophus*. Tengo para mí que el dicho es muy cierto y continúa siendo válido. Siempre la teología ha consistido, y no puede ser de otra manera, en predicar una razón sobre Dios, asumida de la filosofía, y esto para poder decir algo con lenguaje humano sobre la realidad divina y sus obras. En nuestro caso también hemos tenido que recurrir a la filosofía. Y hemos echado mano de la que, a nuestro modo de ver, es la más apta para el cometido de explicar qué son los sacramentos desde la objetividad de la institución divina y teniendo en cuenta el movimiento de su larga historia. Necesitábamos el armazón de una filosofía que reconociese el valor objetivo de la realidad y al mismo tiempo explicase el desarrollo de la historia. Y esta doble necesidad la hemos hallado resuelta en el esquema filosófico de Zubiri. A su ayuda hemos recurrido cuando hemos tenido que dar alguna explicación que requería un aparato filosófico, por ejemplo, para exponer el modo como fueron instituidos los sacramentos y para razonar la posible causalidad en el presente de un hecho que pertenece al pasado. También hemos de agradecer la ayuda de Ortega y Gasset, sobre todo para precisar la noción de hecho histórico.

El tratado de los sacramentos en general ofrece muchas posibilidades de diálogo, desde la fe, con la cultura. Pero un manual no es el campo más apropiado para llevarlo a término, aunque sí para insinuarlo conscientemente. De todas formas, hay que repetirlo, no es cometido fácil para un manual desarrollar las posibilidades de diálogo concreto con las diversas manifestaciones culturales. De alguna manera hemos intentado insinuarlo, tampoco sabemos si lo hemos conseguido.

Muchas veces a lo largo de la exposición nos hemos referido a la relación entre el dogma y la liturgia. Es un tema nuevo sobre el que hemos intentado ofrecer algunos datos de buena información. Si la lectura de las insinuaciones aportadas despertase en algún posible alumno el interés por esta materia, nos daríamos por muy satisfechos y bien pagados. Se trata de un tema planteado desde hace poco y que está llamado a crecer, con lo que se vivificarán tanto el dogma como la liturgia, en la medida que ambas ciencias teológicas se percaten de que la liturgia es la manifestación viva del saber de Dios profesado por la dogmática, y que el dogma es la profesión de fe en el Dios que se celebra en la liturgia. Cada una de estas dos ramas del saber teológico sirve a la otra.

Un último punto para reflexionar antes de dar por terminada esta introducción. En una ocasión, o a lo sumo en dos, hemos mencionado la dimensión trinitaria de los sacramentos. Scheeben y Schmaus son dos teólogos que se han referido a ello desde tomas de posición

distintas. Pero al margen de las opiniones concretas de los autores, el tema en sí es sumamente interesante, si se quiere plantear la consideración sobre los sacramentos desde la dimensión estrictamente sobrenatural y teológica que abarca a la realidad de Dios. Llevar adelante esta consideración trinitaria equivale a superar toda tentación de mecanicismo aplicado a la causalidad sacramental, y acometer la consideración teológica de los sacramentos desde la perspectiva estrictamente divina que les corresponde, en cuanto son medios por los que Dios, hecho don y gracia, se da a los hombres y los diviniza.

Poner un manual en las manos de un alumno, en las manos de un joven, implica siempre un riesgo y una responsabilidad grandes. El autor no sabe cómo habrá de adaptarse la pesadez de su texto con la agilidad mental propia de la juventud. Dios quiera que este manual sirva para cumplir el cometido de hacer llegar unas verdades a la vez clásicas y modernas hasta la mente de un joven que por cronología es moderno, pero que aspira a conseguir valores clásicos y hasta eternos. Y si es que algún joven estudiante lee este libro, desearía motivar en su espíritu la pasión que le encariñe con el saber más atrayente entre los posibles, que es el saber sobre Dios. En este caso concreto, el saber sobre Dios que se hace vida para la persona mediante el servicio de la Iglesia y a través de los signos sacramentales.